

Genealogía, validez y valoración en el proyecto moral y político deweyano

Federico E. López (CIEFI-IdIHCS, FaHCE, UNLP / CIC)

Livio Mattarollo (CIEFI-IdIHCS, FaHCE-UNLP-CONICET)

1. Introducción. Dewey, Darwin y la tarea filosófica acerca de los valores

En 1909 Dewey escribe “La influencia del darwinismo en la filosofía”, texto clave para entender los planteos posteriores respecto del concepto de experiencia y de la función que reviste la filosofía (Dewey, 2000. MW.4). La lectura de este ensayo permite registrar un nivel metafilosófico y un nivel propiamente filosófico del impacto del darwinismo en la filosofía. Respecto del primero, la incidencia se evidencia en las consideraciones sobre la dirección que debería tomar la disciplina, de los problemas que debería atender y del rol que se debería atribuir tanto en relación con su propia historia como con las otras disciplinas intelectuales y científicas. En términos más concretos, los cambios son tres: (i) el interés por las esencias deviene interés por los incrementos en justicia y felicidad mediante la administración inteligente de las condiciones existentes; (ii) la explicación de las cualidades y valores de la vida a partir de metas finales se torna análisis de los usos y significados presentes y generalmente asumidos por el peso de la tradición; y (iii) la idealización y racionalización del universo bajo la pretensión de legislar *a priori* pasa a ser estudio de las condiciones y consecuencias específicas de nuestras ideas y valores.

En este sentido, Dewey entiende que la nueva función de la filosofía debe ser identificar e interpretar los conflictos que surgen de la experiencia para posteriormente ensayar soluciones que serán puestas a prueba en el curso mismo de los acontecimientos. Así, la filosofía se asemeja (o debería asemejarse) cada vez más a una *diagnosis* y *prognosis* moral y política, lejos de las clásicas pretensiones trascendentales y con un creciente sentido de la responsabilidad.

En cuanto al rol que juegan estas ideas al interior de la obra de Dewey, es claro que la impronta darwiniana no sólo tiene un impacto a nivel metafilosófico sino también filosófico, y permite enmarcar algunas tesis fundamentales de la perspectiva de pragmatista, a saber: (i)

la experiencia en tanto transacción no-teleológica entre organismo y entorno, en la medida en que no es un proceso que se desenvuelve *hacia* algún fin previamente establecido sino que es un proceso *desde*, al igual que la evolución en sentido darwiniano; (ii) la continuidad entre las formas y actividades inferiores y superiores; y (iii) una concepción eminentemente práctica, antiesencialista, antifundacionalista y falibilista del conocimiento y de los valores. Estos cuatro puntos pueden tomarse como las bases de la perspectiva naturalista de Dewey, a las que se debería sumar un último elemento: el naturalismo pragmático, como lo denomina Philip Kitcher, que se instituye como (iv) una posición filosófica que rechaza toda versión de formas platónicas, esencias aristotélicas, razones puras kantianas o intuiciones del bien. Así queda planteado el siguiente cuadro: dado el proceso de des-trascendentalización de los viejos respaldos metafísicos, la reflexión filosófica sobre los valores debe tomar un camino distinto al de las filosofías clásicas. Teniendo en cuenta lo señalado al momento, la indagación filosófica debe, por un lado, inscribir y dar cuenta de la génesis de los valores en el curso de experiencia; por el otro, ofrecer una pauta general para la una formación inteligente de valores en continuidad con la experiencia.

2. El método genealógico y la presunción de validez

La idea misma de génesis adopta dos sentidos distintos aunque ciertamente solidarios. Por un lado habría que dar cuenta de la génesis cualitativa de los valores, es decir, de la continuidad entre la experiencia primaria, transactiva, apreciativa y los valores en cuanto resultado de un proceso de valoración. Por otro lado, habría que abordar la genealogía de los valores, esto es, el estudio de las condiciones históricas que explican nuestras valoraciones de hecho, generalmente cristalizadas en hábitos valorativos o estimaciones. En esta oportunidad nos dedicaremos a este último aspecto, con la intención de reconstruir la propuesta deweyana en torno al método genealógico para la moralidad.

Una de las presentaciones más claras de esta perspectiva aparece en “The Evolutionary Method as Applied to Morality” (MW.2), ensayo escrito por Dewey en 1902. La hipótesis principal de Dewey afirma que existe una "identidad exacta" entre lo que hace el método experimental para el conocimiento físico y lo que hace el método histórico, evolucionario o genealógico para las ideas y prácticas morales. Si el primero se ocupa de las condiciones de

aparición de un fenómeno particular, el segundo se ocupa de las condiciones en que se originan las ideas y prácticas morales. En otras palabras, el método genealógico intenta determinar cómo los valores morales surgen en ciertas situaciones, cómo operan en estos contextos y cómo se convierten en un estímulo para provocar nuevos modos de acción. El punto crucial aquí es que, como indica Dewey, “al ver de dónde vienen [las prácticas e ideas morales], en qué situaciones surgieron, vemos su importancia.” (MW.2.9). A diferencia de las posiciones materialistas y de las posiciones idealistas, el método genealógico revela el proceso, en términos de continuidad, en el que tienen lugar tanto la apreciación primaria como los valores reflexivos. Siguiendo a Dewey, “en [...] asuntos morales comprendemos tanto el instinto animal como el imperativo categórico humano cuando los ubicamos como términos limitantes de una sola historia continua.” (MW.2.15).

Hasta el momento, el método genealógico parece proporcionar algunas herramientas para interpretar y explicar nuestras estimaciones actuales a la luz de un contexto más amplio o una línea de continuidad. Sin embargo, se mantiene la pregunta por si un método de este tipo afecta las cualidades morales y cuál es la influencia de su aplicación sobre la validez del juicio moral. Según Dewey, un valor se desarrolla y opera en referencia a una situación dada. El método genealógico determina si representa una mejor o peor respuesta a estas situaciones, considerando, por ejemplo, si han desempeñado un papel en el mantenimiento de la integridad de la vida social o si han aportado nuevos valores a ella. En este caso, dicha referencia funcional constituye aquello que Dewey denomina “presunción de validez” (MW.2.26). En consecuencia, el método genealógico atribuye cierta validez moral positiva a todo valor, creencia o práctica que haya sido una respuesta persistente a una situación dada. Queda un último elemento: rastrear las condiciones de aparición de una determinada valoración (que luego puede devenir estimación por vías del hábito) impide adoptarla o rechazarla en su totalidad porque es necesario considerar las respuestas futuras de estos valores, creencias y prácticas a su situación particular. Este desarrollo posterior de los valores es su factor operativo, su capacidad para modificar lo que ya está dado en lugar de repetir las cualidades existentes, los fines, etc. De lo contrario, estaríamos repitiendo las mismas respuestas habituales. Es precisamente en este sentido que el método genealógico no solo es justificativo de un valor dado -en la medida en que explica los ideales, creencias, prácticas en

referencia a su situación particular- sino también un instrumento de investigación, de interpretación y de crítica. Según intentaremos señalar en el próximo párrafo, genealogía y valoración necesariamente van de la mano.

3. El programa de la teoría deweyana de la valoración

En términos generales el interés de Dewey en su teoría de la valoración es establecer un programa metodológico que permita afirmar el carácter de “digno de valor” de un objeto o situación. La premisa necesaria para llevar adelante esa tarea es que la lógica de la investigación sobre las proposiciones de hecho y sobre las proposiciones de valor es del mismo tipo genérico, lo cual habilita el interés deweyano por aplicar el método empírico o denotativo a los asuntos de la moral, tanto por referencia al carácter científicamente respaldado de las proposiciones valorativas como a la exigencia filosófica de partir del nivel primario de experiencia, iniciar una reflexión y “regresar” a la experiencia primaria, modificándola y enriqueciéndola con sus resultados.

Dewey comienza su análisis señalando la fuerte conexión entre el gustar y el disgustar con la valoración. Aquí “valoración” adquiere el sentido de estimación o hecho efectivo de la experiencia y debe considerarse en términos de comportamientos observables e identificables. Este tipo de estimaciones generalmente se lleva adelante por tendencia habitual, vale decir, ejecutando una conducta directa sin genuina valoración intermedia, de modo que en tanto no se produzca en la situación una conmoción o perturbación efectiva hay vía libre para pasar de inmediato al acto, a la acción abierta.

La observación de las acciones guiadas por el gusto o disgusto y de los efectos que ellas producen permite elaborar *proposiciones sobre estimaciones*, esto es, proposiciones sobre cuestiones de hecho. Sin embargo, aclara Dewey, “[e] que los hechos [sobre los que tratan las proposiciones] resulten ser valoraciones no convierte a las proposiciones en valorativas en ningún sentido *distintivo*”. (Dewey, 2008, p. 101. LW.13.208. Cursivas en el original).

¿Cómo se llevan adelante, pues, las valoraciones? Teniendo en cuenta que el eje de las *proposiciones valorativas* es la evaluación de los valores en términos de condiciones y consecuencias, el primer elemento es el estudio de las valoraciones pasadas en cuanto estimaciones o normas. Ellas aportan la materia prima y su conocimiento es condición

indispensable para formular proposiciones valorativas. El segundo elemento es el estudio empírico de las consecuencias de los deseos e intereses presentes sobre la base del conocimiento de sus condiciones. A partir de aquí los valores sometidos a evaluación podrán ser rechazados o reforzados, según se observe que carecen del respaldo previamente supuesto o que disparan potencialidades individuales y contribuyen al refuerzo mutuo de deseos e intereses de los miembros de un grupo (Cf. Dewey, 2008, p. 136. LW.13.244). Todo esto implica, sin excepción, inscribir a los valores en el continuo de valoración y por referencia a su contexto. En otras palabras, por fuera del trasfondo de los casos pasados de valoración, de los que son continuos, no es posible establecer de forma válida las valoraciones presentes ni definir aquello que Dewey denomina perspectiva de futuro, esto es, la proyección de consecuencias de las valoraciones actuales. En suma, por fuera del continuo de valoración y del contexto no hay valoración genuina posible.

4. Consideraciones finales

Llegado este punto surgen algunas observaciones de importancia. En primer lugar, se observa una confluencia entre el método genealógico anteriormente presentado y la teoría de la valoración en la medida en que el primero provee conocimiento indispensable para llevar adelante genuinas valoraciones. Es el mismo Dewey quien habilita esta observación al plantear, en “Teoría de la Valoración”, que el conocimiento de las valoraciones pasadas es de tipo histórico y antropológico-cultural y que, si bien no es condición suficiente para una valoración genuina –recordemos que el método evolucionario aplicado a la moralidad no aporta validez sino *presunción* de validez–, sí constituye una condición necesaria, como hemos indicado recién. En efecto, explica Dewey, “[l]as circunstancias y presiones sociales son parte de las condiciones que afectan a la ejecución de los deseos. Por tanto, hay que tenerlas en cuenta a la hora de planear fines en términos de los medios disponibles.” (2008, 111. LW.13.219). Al poner en perspectiva de continuidad y, además, ser resultado de investigación empírica, este conocimiento histórico-antropológico incrementa el carácter cognitivo de los juicios valorativos.

En segundo lugar, no debería sorprender que Dewey considere a la teoría de la valoración como un programa metodológico para la formación inteligente de deseos y valores, como

señalamos antes. Esta perspectiva metodológica no busca resolver problemas de valoración concretos ni ofrecer alguna lista de valores específicos –al menos en lo que a la moralidad respecta, a diferencia del campo de la política con el valor de la democracia– sino, antes bien, establecer condiciones respecto del conocimiento de las valoraciones pasadas y presentes que cualquier investigación sobre este tipo de asuntos debería cumplir. Además, en cuanto método la teoría no está completa sino que su empleo en situaciones concretas permitirá su desarrollo y perfeccionamiento.

En tercer lugar, y a diferencia de la postura positivista, la propuesta deweyana no busca meramente “importar” la metodología científica al ámbito de los valores. A efectos de evitar posibles confusiones, es preciso señalar que el término investigación tiene en Dewey un alcance lo suficientemente amplio como para abarcar tanto las pesquisas más abstractas de la física o la matemática, como las investigaciones de sentido común con las que intentamos resolver problemas en la vida cotidiana. La pretensión deweyana de fundamentar los fines y valores éticos en la investigación no puede comprenderse como un científicismo que aspira a reducir toda racionalidad a científicidad sino ante todo como una actitud mental, arguye Dewey, alternativa al dogmatismo, al peso de las costumbres y tradiciones no cuestionadas, al juego oculto o abierto de los intereses de clase, la dependencia de la fuerza bruta y la violencia (LW.9.108). El acento del programa deweyano está puesto en la evaluación empírica de los fines a la vista y en la deliberación activa y reflexiva para elegir un curso de acción entre varios posibles (curso de acción que funciona como un *test* para señalar la existencia de una valoración). Es así que la consideración de un objeto como deseable no proviene de un *a priori* o de un imperativo ni constituye una mera expresión emocional sin contenido cognitivo sino que resulta de la revisión empírica y crítica de los fines a la vista. En este marco, y para finalizar, nos interesa recuperar un elemento que señala Vincent Colapietro: Dewey estuvo tan dedicado a contrarrestar las presiones del pasado como a fortalecer las insinuaciones del futuro, de modo que la definición de patrones de continuidad más amplios sólo podría lograrse junto con la implementación de estrategias efectivas de disrupción y reconstrucción de las condiciones de experiencia (2012, p. 200). Así, dice Dewey, “[...] las situaciones en que el cambio y lo inesperado intervienen, son un desafío a la inteligencia para que formule nuevos principios” (1964, p. 220. MW.14.164). Luego, la

moral es o debería ser dinámica porque las condiciones sociales, políticas, y la vida misma lo son. El significado primario del carácter específico, contextual y, a fin de cuentas, único de cada situación moral implica transferir la atención de las concepciones generales hacia los actos particulares, localizar allí la responsabilidad y darle paso a la acción inteligente y creativa. Este es, parafraseando a Dewey, el siempre vigente desafío ante nosotros.

5. Referencias bibliográficas

- Colapietro, V. (2012b). Mapping Our Historical Situations and Locating Our Philosophical Maps [Part II]. *Cognitio: Revista de Filosofía*, 13(2), 187-218.
- Dewey, J. *The Collected Works of John Dewey, 1882-1953 (1967-1987)*. The Early Works, 1882-1898 (1967-1972); The Middle Works, 1899-1924 (1976-1983); The Later Works, 1925-1953 (1981-1991). Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Dewey, J. (1964). *Naturaleza humana y conducta. Introducción a la psicología social* (Primera edición: 1922). Traducción de Rafael Castillo Dibildox. México: FCE.
- Dewey, J. (2000). *La miseria de la epistemología. Ensayos de pragmatismo*. Edición y traducción de Ángel Faerna. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Dewey, J. (2008). *Teoría de la valoración. Un debate con el positivismo sobre la dicotomía de hechos y valores* (Primera edición: 1934). Introducción, traducción y notas de María Aurelia Di Berardino y Ángel Faerna. Madrid: Biblioteca Nueva.